

La profecía de un corazón que no se cansa de amar

Necesitamos ayuda. La vida no sería lo mismo si esas personas buenas que Dios ha puesto en nuestro camino no hubieran hecho todo lo posible por hacernos sentir importantes. Hemos sido ¡somos!- parte de la vida de otras personas. Así se cifran las amistades, las relaciones personales, el amor...

También Dios ha venido en nuestro socorro. Su hijo Jesús es la manifestación plena de que los caminos del Señor son nuestros caminos. Es impensable que Dios nos olvidará por nuestros reiterados pecados. Nos ama de tal manera que no ha abandonado nunca la obra de sus manos y en Jesús muestra este plan divino llevado a plenitud: “Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar» (San Juan de la Cruz)”.

Jesús, en su Corazón, ama y espera. Precisamente este año recordamos en la Iglesia de España el centenario de la consagración de nuestro reino al Corazón de Jesús, efectuada por Alfonso XIII. Él se ha ofrecido por nosotros ante el Padre: late de amor, de esa sed que sana nuestras heridas más profundas y despierta el deseo de infinitud en nuestros corazones. “El perdón es el signo más visible del amor del Padre, que Jesús ha querido revelar a lo largo de toda su vida. No existe página del Evangelio que pueda ser sustraída a este imperativo del amor que llega hasta el perdón. Incluso en el último momento de su vida terrena, mientras estaba siendo crucificado, Jesús tiene palabras de perdón: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).” (Papa Francisco, carta apostólica Misericordia et misera, 2016).

El amor de Dios constituye realidad y profecía: nos ama, pero lo experimentaremos en plenitud tras nuestra Pascua personal. Este mes, en el camino profético emprendido, nos guía en nuestra oración el libro de Esther: El relato novelado de una mujer que salvará al pueblo judío de la destrucción. Más que profetismo, es un libro que responde al denominado grupo de libros históricos. Pero su *lectio divina* nos ayudará a profundizar en la realidad que contemplamos.

El nombre hebreo de “Hadasá”, que significa “mirto” (relacionado con la diosa Venus y Afrodita) se cambiará por Esther, de origen babilónico, que significa “estrella”. Su historia es esta: Mardoqueo se hizo cargo de su prima huérfana Hadasá y la educó como un padre. Ella le obedecía en todo como una hija, incluso después de ser coronada como reina. De todas las doncellas presentadas al rey Asuero, Esther es la elegida y se convierte en Reina.

Pero la historia se complica. El Rey nombra como su “segundo” a Amán y le otorga el mayor de los honores: todos deben inclinarse ante él. Mardoqueo es el único que no le rinde pleitesía. Por ello, crece su odio hacia él. Enterado de que es judío, maquina acabar con todos ellos. Mardoqueo conoce las intenciones de Amán y sabe que, ante su poder, nada puede salvarles ni a él ni a todos los demás judíos; salvo que intervenga Esther, la reina de Persia.

La Reina Esther siente la necesidad de intervenir pero es consciente del peligro. Implora a Dios su ayuda y prepara un plan para interceder ante el Rey. La reina Esther, pese a la prohibición, se presenta ante el Rey Asuero. El rey le extiende el cetro a la reina Esther. Ella invita a un banquete al rey y a Amán, su ministro. El rey Asuero

fascinado por Esther le concede que le pida lo que desee: ella le suplica la vida, pues Amán, su primer ministro ha decretado la muerte de Mardoqueo y de todos los judíos.

El rey Asuero, enfurecido, ordena dar muerte a Amán en el mismo lugar que había preparado para ejecutar a Mardoqueo.

Es el origen de la fiesta judía de Purim en acción de gracias festiva por la vida salvada. ¡Dios no ha fallado! Cuando todo parecía insalvable, cuando nada se podía hacer, Dios se vale de la aparente debilidad de una mujer frente a un gran rey y otorga la salvación, el cese del proyectado aniquilamiento de todo un pueblo.

Estos acontecimientos anteriormente descritos son vistos como un paradigma del cuidado de Dios con su pueblo: ante un enemigo mucho más poderoso que Israel, Dios ejerce su acción liberadora cambiando inesperadamente lo que parecía inminente. Ahora bien, el libro subraya también que Dios cuenta con la correspondencia humana. Por eso, ensalza a menudo la valentía de Ester que arriesga su vida en favor de los demás miembros de su pueblo.

En este mismo contexto, el relato se presenta como un compendio de las virtudes necesarias para conseguir el favor de Dios. Así el texto señala la humildad, fidelidad a los mandamientos de Dios, la oración y ayuno que acompañan a la petición a Dios.

Pero nuestra victoria abarca un mucho más allá increíblemente diferente: no consiste en eliminar adversarios, si no a un enemigo mucho peor, la muerte. Nuestra fiesta es Pascua, es algo que se escapa a nuestros propios deseos y que abre un horizonte que no habíamos ni podido imaginar. No se trata de una tierra prometida a conquistar, es un cielo de bienaventuranza que se vive ya en nuestro mundo, un Reino que como levadura comienza a fermentar.

De la profecía nace espontánea la adoración: ¡El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres! Del alma creyente bota la alabanza, el reconocimiento: “Dios mío, Trinidad a quien adoro... pacifica mi alma. Haz de ella tu cielo, tu morada amada y el lugar de tu reposo. Que yo no te deje jamás solo en ella, sino que yo esté allí enteramente, totalmente despierta en mi fe, en adoración, entregada sin reservas a tu acción creadora» (Sta. Isabel de la Trinidad)”.

Es lógico que ante la contemplación del Corazón de Cristo surja necesariamente el reconocimiento de todo lo que Dios ha hecho por nosotros y que, ante la enumeración de todos sus prodigios en favor nuestro, respondamos como el salmista: “porque es eterna su misericordia.” La Adoración Nocturna es la prolongación de esa acción de gracias que nace desde todos los rincones del mundo. En nuestros pequeños turnos nos sentimos el corazón de mundo que busca acompañarse al latido del corazón de Cristo, experimentamos que somos el amor de un mundo que responde apasionadamente a un Amor que supera con creces aquello que podríamos esperar.

Y, junto al Corazón de Jesús -que arderá en amor y misericordia por todos en cada procesión del Corpus Christi-, el inmaculado Corazón de Aquella que es Madre y Maestra: “Que los ojos misericordiosos de la Santa Madre de Dios estén siempre vueltos hacia nosotros. Ella es la primera en abrir camino y nos acompaña cuando damos testimonio del amor. La Madre de Misericordia acoge a todos bajo la protección de su manto, tal y como el arte la ha representado a menudo. Confiemos en su ayuda materna y sigamos su constante indicación de volver los ojos a Jesús, rostro radiante de la misericordia de Dios.” (Papa Francisco, Misericordia et misera, 2016).